cen nuestro conocimiento de la condición femenina. El lenguaje en las respuestas es absolutamente fiel a cada entrevistada.

Celina Ontiveros de 40 años, nació en Rancho Lagunilles, Mich. Es mestiza, católica, estudió hasta segundo de primaria, se casó virgen a los 27 años y tuvo dos niños y una niña. Separada del marido y de los hijos hace cinco años, vino a la ciudad de México y trabaja de sirvienta.

– ¿Le gusta hacer el amor?

– Sí, me gusta.

– ¿Llega al orgasmo?

– Al qué. . . barájemela despacito.

Le explico.

– Ah, sí, ya lo sé. Sí, si llego.

– Cuando tiene usted una relación sexual con un hombre, ¿que le gusta hacerle a él?

– ¡Pero qué preguntas tan ocultas, oiga! –comienza a soltar risitas nerviosas–, pero se las voy a contestar hasta las contagiosas, ya verá –guarda silencio unos momentos, sin dejar de sonreír, para luego mirarme a través de sus rayados lentes de miope–. Me gusta besarlos en los cachetes y en los ojos, y ellos que me besen toda la cara, y aquí en los oídos, pero es peligroso porque caigo rápido en la trampa.

– ¿Cuántas veces ha sido infiel a su pareja?

– ¿A mi marido o a mis novios? ji, ji, porque mire, yo a mi marido nunca le fui infiel hasta que nos separamos, y a aquéllos, *pus* depende. Tengo uno de 28 que me gusta, pero es presumidillo; tiene carro. Otro de 40, viudo, pero con hijos; uno de 19 que quiere que me case con él, y el lechero de 30, pero ése es casado, me hacía sufrir mucho, me dejaba plantada y luego yo no quise hacer sufrir a su mujer. A lo mejor le pegaba para desquitarse.

– ¿Y con todos hace el amor?

– Uh, hágamela buena, cómo cree, sólo con el viudo. El de 19 se me antoja pero se me hace que me echa hasta mentiras. ¿Usted cree que se casaría conmigo si me acuesto con él? –Y Celina me mira esperanzada–. También me he acostado con el casado, el lechero que le digo. Son terribles los hombres y uno que les sigue el juego.

Cuando le pregunto sobre el incesto responde: –Ahora han de pasar todas esas cosas que usted dice. Antes, dormíamos con los primos de 15 años en la misma cama y les daba pena hacer disparates; ahora se duerme uno con el primo y olvídelo. La juventud está muy descompuesta.

– ¿Qué tipo de hombre le gusta?

– Me gustan grandes, ponchados, de bigotes y patillas, aunque me peguen. ¡No, si es puro decir! A mí me gusta que me besen mucho mucho los cachetes, la frente, los ojos. . .

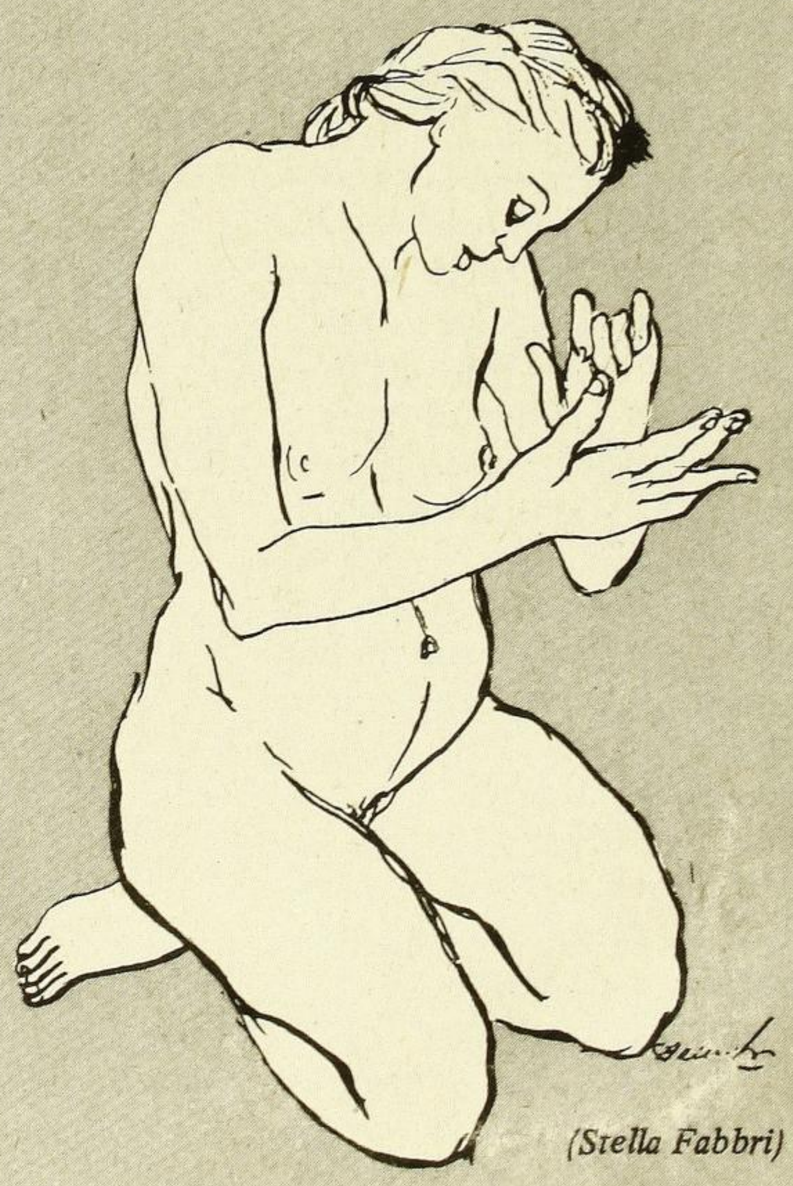
– ¿Y lo demás, Celina?

Se pone tan colorada como su pelo ensortijado. Se limpia el sudor de la nariz con una mano y con la otra se rasca las costillas. Es mujer alta, frondosa, aunque de vientre hinchado. Es blanca. Es pelirroja.

– ¡No me la ponga, tan contagiosa, ooooh! Lo demás no me lo dejo tocar –sonríe mirándome–. Ya sé que ha de decir que entonces cómo le hago con ellos. . . *pus* así, *nomás* lo necesario para eso y ya, pero si se ponen necios, me pongo tiesa y no les doy nada. ¡Qué imposible me está poniendo la vida usted! El viudo, con el que duré tres años, quiso verme sin ropa, yo le dije, si con mi marido no lo hice, por qué lo voy a hacer con otros. Ellos duermen con su camisa o su playera y yo, depende, si me quedo con el viudo en su cuarto toda la noche, me pongo mi camisón, pero sin *descotes. Pa'* qué verme si todos somos

Tu rastro de piernas húmedas y tenaces
islotes que nos hablan de viejos buques y piratas
Tu rastro con caracolas algas sibilantes
conjurando el movimiento de los mares
Tu rastro con señales de entrada
hacia ningún lugar del cuadrante
reescribiendo la historia cada nueva estación
Tu rastro que ahuyenta los fantasmas
que transitan con luna llena
Tu rastro capaz de sacarme una ciudad de la piel
como un hambre que doblega los leños y las horas
Tu rastro sin sonidos
trasvasando las aguas
desprendiendo reflejos de sirena
por los cuales sabemos que el beso
es también una forma de rabia
espesa y esquiva
Tu rastro que preserva
que fluye y refluye
que se tumba
(canal que se aleja)

Anabel Rodrigo



(Stella Fabbri)